

CAPITULO XXVII

Veinticinco

Mucho inquietaba á Clennam la idea de que los informes pedidos por Pancks sobre la familia Dórrit pudieran tener alguna relación con los temores que manifestó á su madre al volver de su largo destierro. ¿Qué datos habría obtenido ya el agente? ¿Qué deseaba saber aún? ¿Por qué se ocupaba tanto de esta familia? Todas estas preguntas eran para Arturo otros tantos problemas que le daban mucho que pensar. Pancks no era hombre para perder el tiempo y el trabajo en averiguaciones sugeridas por mera curiosidad, y no podía dardarse que se proponía un objeto determinado, siendo muy posible que descubriera muchos de los motivos secretos que habían impulsado á la señora Clennam á dispensar su protección á la niña Dórrit. Asunto era éste que se prestaba á las más graves reflexiones.

Y adviértase que Arturo no vacilaba un solo instante en su deseo y en su resolución de reparar una injusticia cometida en vida de su padre, si se llegaba á descubrir algo cuya reparación fuese posible. El temor de que hubiera podido su-

ceder semejante cosa era muy vago; pero de todos modos, si su presentimiento se justificaba, hallábase dispuesto á ceder todo cuanto poseía, aunque le fuera preciso comenzar de nuevo su carrera en la vida. Como las terribles y sombrías lecciones de su infancia no habían penetrado nunca en su corazón, el primer artículo de su código de moral le imponía como precepto conducirse de modo que pudiera mirar á todo el mundo sin avergonzarse de ninguno de sus actos.

No; en la inquietud de Arturo Clennam no había terror ni vacilación; sólo temía que Pancks no cumpliera su compromiso, dejando de darle cuenta de sus averiguaciones. Por otra parte, cuando recordaba su conversación con el agente, y los pocos motivos que tenía para suponer que aquel singular personaje podría encontrar una nueva pista, admirábase de dar tanta importancia al asunto. Juguete de los vientos en aquel mar de incertidumbres, como los barcos en medio de la tempestad, vagaba á la ventura sin encontrar seguro puerto.

La desaparición de la niña Dórrit, que evitaba sus relaciones de costumbre, no era lo más propio para tranquilizar á Clennam. La joven salía con mucha frecuencia ó permanecía encerrada en su cuarto; de modo que Arturo llegó á encontrar en su ausencia un vacío. Háblale escrito varias veces para preguntarle si estaba mejor, recibiendo siempre una contestación muy atenta, rogándole que no se inquietase; pero el caso es que habían transcurrido varias semanas sin ver á la niña Dórrit, y como Arturo no estaba acostumbrado á ello, parecíale el tiempo demasíadamente largo.

Una tarde, al entrar en su casa, después de ver al padre de la Mariscalía, quien le dijo que su hija estaba de visita (esta era siempre su respuesta cuando la joven iba á trabajar,) Clennam encontró á Meagles, que se paseaba en la habitación, muy agitado al parecer: apenas Arturo abrió la puerta, detúvose, volvió la cabeza y exclamó:

—¡Clennam!... ¡Tattycoram!

—¿Qué ocurre?

—¡Perdida!

—¿Qué quiere usted decir?

—Le tenía dicho desde hace mucho tiempo que antes de tomar una resolución contara siempre hasta veinticinco; no hubo medio de hacerla pasar de ocho, y se ha marchado.

—¿De su casa de usted?

—Sí, señor; y para no volver más—contestó Meagles moviendo la cabeza.—Usted no conoce el carácter arrebatado é

indomable de esa muchacha; diez ó doce caballos que tiraran de ella no bastarían ahora para contenerla; todas las cadenas y cerrojos de la antigua Bastilla no serían suficientes tampoco para guardarla cuando tuviera empeño en huir.

—Pero, ¿cómo ha sucedido esto? Siéntese usted y cuéntemelo todo.

—En cuanto á decirle cómo ha sucedido, no es muy fácil, pues á menos de conocer antes el desgraciado carácter de esa pobre muchacha, que es un verdadero huracán, le costaría mucho comprenderme; pero le daré algunos detalles. Desde hace algún tiempo, Favorita, su madre y yo hemos tenido muchas conferencias íntimas, y no le ocultaré, amigo Clennam, que no han sido tan agradables como pudiéramos desear. Tratábase de emprender un nuevo viaje, y al proponerle yo, tenía un objeto.

El corazón de Clennam latió fuertemente.

—Un objeto—continuó Meagles,—que no le ocultaré, amigo mío. Nuestra querida hija siente una inclinación que me aflige; supongo que adivinará usted que me refiero á Enrique Gowan.

—Esta noticia no tiene nada nueva para mí.

—¡Vamos!—repuso Meagles, dejando escapar un suspiro,—ya veo que no ha faltado razón para que usted lo sospeche; pero en fin, el hecho es que la cosa no se ha podido evitar. Su madre y yo nos hemos valido de todos los medios para impedirlo; tiernos consejos, viajes, ausencia: todo ha sido inútil hasta ahora. En nuestras últimas conversaciones se ha tratado de alejarnos una vez más, por espacio de un año cuando menos, para que hubiese rompimiento y separación completa; pero Favorita manifestó mucha aflicción, y su madre y yo tuvimos un gran sentimiento.

Clennam contestó que así era de esperar.

—Mi mujer y yo—prosiguió Meagles,—reconocemos, como gente práctica, que en las familias cada cual acostumbra á exagerar sus penas, transformando en graves cuestiones las más insignificantes rencillas domésticas, sin duda para atraer á su favor á personas poco interesadas en el asunto; mas la felicidad ó la desgracia de Favorita es para nosotros cuestión de vida ó muerte, y por lo tanto comprenderá usted que demos á esto gran importancia. De todos modos, Tattycoram no debió incomodarse. ¿No opina usted como yo?

—Ciertamente; en un todo, amigo mío, no es usted muy exigente.

—Pues bien—repuso Meagles, moviendo tristemente la cabeza,—no lo ha entendido ella así. Las cóleras y arrebatos de esa muchacha, sus accesos de ira y su descaro habían llegado á tal punto, que cuantas veces pasaba yo á su lado decíale con bondad, y por cierto bien inocentemente: «Tattycoram, hija mía, cuenta hasta veinticinco antes de hacer cualquier cosa.» Si ella hubiese seguido mi consejo no se habría dado este caso.

El señor Meagles, con su expresión de abatimiento, que revelaba más que nunca la bondad de su alma, pasóse la mano por la frente y movió la cabeza con aire melancólico.

—Yo decía á mi mujer—prosiguió después de una pausa,—nosotros somos gente práctica, conocemos la historia de esa infeliz joven, y por lo tanto, seamos indulgentes con ella, sin hacer caso de su carácter violento; ya buscaremos una ocasión propicia para razonar con ella cuando se halle en mejor disposición. El resultado era no decir nunca nada, y al fin ha estallado la bomba. Parece que esto debía suceder y por último ha sucedido.

—Pero, ¿cómo? ¿por qué?

—Voy á decírselo. Ayer, después de dar las buenas noches a Favorita, muy afectuosamente á decir verdad, Tattycoram subió con ella al cuarto, donde tal vez mi hija, en un momento de mal humor ó algo afectada de los nervios, se mostró demasiado exigente, aunque no sé si debo hacer tal suposición, porque Favorita tiene un carácter dulce y bondadoso.

—Ninguna doncella encontraría mejor ama en el mundo.

—Gracias, Clennam—dijo Meagles estrechando la mano de su amigo con efusión;—usted ha visto á las dos muchas veces... pero volvamos á mi relato. Al poco tiempo oímos la voz de esa infeliz Tattycoram, que hablaba con acento de cólera; y en el momento en que íbamos á preguntar qué ocurría, vemos á Favorita bajar temblorosa, diciéndonos que tenía miedo. Tattycoram la seguía de cerca, roja de cólera y gritando: «¡Aborrezco á los tres, les maldigo, y también á toda la casa!»

—Entonces usted...

—Yo—repuso Meagles con un acento de bondad y franqueza que hubiera conquistado hasta las simpatías de la señora Gowan,—me limité á decirle que contara hasta veinticinco.

Meagles se pasó la mano por la frente con expresión afligida y continuó:

—La infeliz estaba tan acostumbrada á obedecer á esta in-

dicación, que aun en aquel momento, á pesar de su violenta cólera, detúvose de pronto, miróme fijamente y contó... me parece que hasta ocho; pero no pudiendo contenerse más, la pobre muchacha envió al diablo las restantes cifras, y entonces declaróse una verdadera tempestad. Según dijo, «nos aborrecía, era desgraciada con nosotros, no podía ni quería vivir de aquel modo, y estaba resuelta á marcharse. Era más joven que su ama, y no debíamos esperar que se quedase en casa para vernos tratar siempre á la señorita como el único sér del mundo que fuese digno de interés y mereciera ser amado. No se quedaría, de ningún modo. ¿Qué habría sido ella (Tattycoram) si desde su infancia la hubiesen cuidado y mimado como á su ama? También hubiera sido buena y tal vez cincuenta veces mejor. Si aparentábamos querernos tanto era sólo para humillarla, echándole en cara su nacimiento; cada cual hablaba de su padre, de su madre y de sus hermanos precisamente cuando ella estaba delante, con el único fin de zaherirla. Y ¿qué derecho teníamos nosotros para darle un nombre de perro ó de gato? Esto, no obstante, le importaba poco; pero no quería recibir más nuestros beneficios y se marcharía, sin que nada bastase á contenerla.»

El señor Meagles había dicho todo esto con tal animación, recordando tan fielmente á Tattycoram, que parecía casi tan excitado como debía estarlo la muchacha, cuyo monólogo acababa de repetir.

—Era inútil—prosiguió pasándose de nuevo la mano por la frente,—hacer observaciones en tal momento á una muchacha que estaba temblando de cólera, y por lo tanto me limité á decirle tranquilamente que no le permitiría salir á semejante hora; cogíla de la mano y la conduje á su habitación, cuidando después de cerrar con llave las puertas de la casa; pero esta mañana había desaparecido.

—¿Y no sabe usted hacia dónde?

—No; la busco desde esta mañana y no me cabe duda que se ha ido muy temprano y ocultamente. No he descubierto nada que me permitiera seguir sus huellas en los alrededores.

—¡Espere usted!—dijo Clennam después de reflexionar un momento;—supongo que usted desea verla, ¿no es así?

—Seguramente; quiero ofrecerle una oportunidad para volver, como lo desean mi mujer y Favorita... y hasta creo que usted también, amigo Clennam—añadió Meagles con tono persuasivo, como si no fuera él quien tuviese derecho para creerse ofendido por la conducta de Tattycoram.

—Sería injusto en mí pensar de otro modo—repuso Clennam,—cuando usted y su familia se muestran tan dispuestos á perdonar. Iba á preguntar á usted si había pensado en la señorita Wade.

—Sí, pensé en ella, pero sólo después de recorrer todos los alrededores, y aun no me habría acordado si mi mujer y mi hija no me hubiesen dicho que estaban seguras que Tattycoram se hallaría en casa de esa señorita. Entonces recordé naturalmente lo que nos dijo el primer día que usted comió con nosotros.

—¿Sabe usted dónde vive la señorita Wade?

—A decir verdad, sólo tengo una vaga idea de sus señas, una idea de esas que se fijan á veces en la imaginación sin que nos expliquemos la causa ni sepamos á punto fijo dónde y cuándo se concibió...; según esta idea, la señorita Wade vive ó ha vivido en el punto donde indican estas señas, ó muy cerca.

Al decir esto el señor Meagles entregó á Clennam un papel en que se leía el nombre de una de las más obscuras calles del aristocrático barrio de Grosvenor-Square, cerca de Park-Lane.

—Pero aquí no hay número—observó Clennam después de leer señas tan vagas.

—Bien lo sé yo—replicó Meagles;—no hay nada y ni siquiera respondo del nombre de la calle, pues en mi casa nadie recuerda quién haya dado tales señas; pero nunca estará de más ir allí, y como prefiero que me acompañe alguno á ir solo, he pensado, habiendo sido usted también compañero de viaje de esa irascible joven...

Sin dejar que Meagles concluyera la frase, Arturo volvió á ponerse el sombrero y dijo á su amigo que estaba á sus órdenes.

Era una triste tarde de verano, y como hacía mucho calor, los dos amigos fueron en coche hasta la entrada de la calle de Oxford, donde se apearon para internarse en un verdadero laberinto de callejuelas sucias y sombrías. En cada esquina la luz crepuscular iluminaba escasamente vetustas casas ornadas de pórticos y accesorios de gusto execrable, y de monstruos de arquitectura ideados sin duda por una cabeza sin seso, en una época en que faltaba el sentido común, seguramente con la esperanza de excitar el asombro de los siglos futuros. Algunas residencias raquílicas en su pretenciosa elegancia, demasiado pequeñas para contener cómodamente otra

cosa más que un olor nauseabundo, parecían ser el producto adulterino del cruzamiento de las casas de aquel barrio aristocrático con las que tenían ventanitas y pequeños balcones suplementarios sostenidos por delgadas columnas de hierro; sobre algunas puertas cocheras veíanse escudos de piedra que contenían sin duda toda la ciencia del blasón y que recordaban involuntariamente lejanas épocas. En cuanto á las tiendas, poco numerosas, no se distinguían por su ostentación, como si se cuidasen poco de la opinión pública; acá y allá divisábase alguna discreta taberna que no parecía solicitar ostensiblemente el patronazgo del público, y donde no se recibía de buena gana á los individuos que no llevasen librea.

Los dos amigos, que acababan de penetrar en una calle larga y estrecha, singularmente triste y sombría, verdadera tumba de ladrillos y cal, detuviéronse delante de varios jardinillos que separaban las casas de las aceras y preguntaron en varias tiendas si sabían dónde habitaba la señorita Wade, pero todos sin excepción contestaban que no conocían aquella dama ni de Eva, ni de Adán. Meagles y Clennam recorrieron un lado de la calle y luego el otro, volviendo á detenerse en la esquina por donde habían comenzado sus investigaciones, sin saber más que antes. En aquella calle había una casa bastante sucia y deshabitada al parecer, porque en los vidrios de sus ventanas veíanse papeles pegados, aunque atendido el aspecto lúgubre de la calle, también podían ser un adorno. Tal vez porque esta casa le chocó, ó porque Meagles había repetido diferentes veces al pasar por delante que la señorita Wade no viviría seguramente allí, Clennam propuso llamar á la puerta antes de renunciar á sus pesquisas, y como Meagles consintiera en ello, dirigiéronse hacia dicha casa para informarse.

Clennam dió un golpe con el aldabón y no contestándole nadie llamó de nuevo.

—No hay nadie—dijo Meagles prestando atento oído.

—Probemos por última vez—replicó Clennam uniendo la acción á la palabra.

En el mismo momento oyóse rumor de pasos, al parecer de una persona que subía de la cocina subterránea y que avanzaba hacia la puerta.

La entrada era tan oscura, que no pudieron distinguir bien á la persona que abría, mas parecióles que era una anciana.

—Dispense usted—dijo Clennam,—si la molestamos para

preguntarle si sabe por casualidad dónde vive la señorita Wade.

—Aquí mismo—contestó la voz de la mujer oculta en la obscuridad.

—¿Está en casa?

No habiéndose recibido contestación, Meagles repitió:

—¿Quiere usted decirnos si está visible la señorita Wade?

—Supongo que sí—contestó la voz con tono brusco después de una pausa;—si quieren ustedes subir lo preguntaré.

La puerta se cerró al punto y los dos amigos se hallaron aprisionados en aquella tenebrosa morada, donde una pesada atmósfera dificultaba la respiración. El roce de un vestido les indicó que su guía se alejaba, y luego oyeron una voz que decía desde el primer piso:

—Tengan ustedes la bondad de subir.

Clennam y Meagles subieron á tientas la escalera, guiados por una escasa luz, que no era otra sino la de los reverberos de la calle, reflejada en los vidrios de una ventana sin cortinas. La anciana cerró la puerta, dejándolos solos en una habitación.

—¡Qué extraño es esto, Clennam!—dijo Meagles en voz baja.

—Bastante raro, en efecto; pero hemos conseguido nuestro fin, y esto es lo principal—replicó Clennam.—¡Ah!... ¡ya tenemos aquí una luz!

Esta vez la luz era la de una lámpara, que una vieja muy sucia y apergaminada llevaba en la mano.

—La señorita está en casa—dijo la mujer,—y al momento saldrá.

Y dejando la lámpara sobre la mesa, dirigió á los visitantes una mirada de curiosidad y salió del cuarto.

La dama que habitaba en aquella casa debía haberse establecido allí como hubiera podido hacerlo en una posada oriental; una pequeña alfombra cuadrada, extendida en medio de la habitación, y algunos muebles no muy apropiados, con muchos cofres y objetos de viaje, constituían todo el ajuar de la señorita Wade. El inquilino anterior, menos nómada que la dama, tenía en aquel saloncito una consola dorada y un espejo; mas la primera había perdido ya todo su brillo, y el segundo estaba cubierto de tan espesa capa de polvo, que no parecía sino que tenía la virtud mágica de conservar el espejismo de todas las brumas y de todos los malos tiempos en él reflejados. Los visitantes sólo pudieron disponer de

un minuto ó dos para mirar á su alrededor, pues muy en breve se abrió la puerta y presentóse la señorita Wade.

En nada había cambiado desde la última vez que la vieron; conservábase igualmente bella, desdeñosa y tranquila. La presencia de Clennam y Meagles no pareció causarle la menor sorpresa ni emoción; invítolos á tomar asiento, y permaneciendo ella en pie, fué la primera en romper el silencio.

—Si no me engaño—dijo,—ya sé á qué debo la visita de ustedes: podemos tratar del asunto sin preámbulos.

—Lo que me trae aquí, señora—repuso Meagles con acento breve,—es la evasión de Tattycoram.

—Así me lo figuré.

—Señorita Wade—replicó Meagles,—¿tendría usted la amabilidad de decirme si sabe dónde se halla esa joven?

—Seguramente; está aquí, conmigo.

—Entonces, señorita, me permitiré decirle que me complacería mucho que volviese á mi casa; y que mi mujer y mi hija se alegrarían también infinito de ello. Hace muchos años que vive con nosotros; no olvidamos los derechos que tiene á nuestro interés; y aseguro á usted que todos estamos dispuestos á la indulgencia.

—¿A la indulgencia?—repitió la señorita Wade en el mismo tono tranquilo.—¿Respecto á qué?

—Creo, señorita—dijo entonces Arturo, al ver que su amigo vacilaba en contestar,—que el señor Meagles se refiere á los arrebatos de que esa joven se deja llevar, dominada por una injusta envidia que á veces le hace olvidar mejores sentimientos.

La dama se sonrió, fijando la vista en Arturo, y limitóse á contestar:

—¿De veras?

Luego se apoyó en la mesa con un aire tan impasible, que Meagles se quedó mirándola como dominado por una especie de fascinación, sin poder siquiera fijar su vista en Clennam para invitarle á proseguir. Pasados algunos minutos, y sin saber apenas qué decir, Arturo añadió:

—Tal vez sería conveniente que el señor Meagles viese á esa joven.

—Nada más fácil—contestó la dama.

Y abriendo la puerta de la habitación contigua, desapareció un momento y volvió llevando de la mano á Tattycoram.

Era curioso ver á aquellas dos mujeres una junto á otra;

la doncella arreglándose la falda con la mano que le quedaba libre, entre inquieta y enojada; y la señorita Wade, siempre serena y fija la vista en Tattycoram.

—Aquí tiene usted—dijo á la joven,—aquí tiene usted á su amo, que consiente en admitirla de nuevo, con tal que usted sepa apreciar este favor y le acompañe. Se le ofrece la oportunidad de volver á servir de término de comparación para que se pongan más en relieve los méritos de la hija de este caballero; puede usted ser de nuevo la esclava de sus numerosos caprichos, el juguete de la casa; una prueba viviente de la bondad de esa amable familia. Así recobrará su extraño nombre, que sólo sirve para que la señalen con el dedo como cosa rara, y para recordarle á la vez su nacimiento. Podrá usted, Enriqueta, ser un testimonio irrecusable de la superioridad y de la graciosa condescendencia de la señorita Minnie, recobrando el favor de que disfrutaba, en vez de perderle si permanece conmigo. Bástale á usted decir una palabra á estos caballeros, confesarles que se arrepiente y que desea obtener su perdón. ¿Qué contesta usted á esto, Enriqueta? ¿Quiere usted acompañarlos?

Al oír estas palabras, la joven sintió renacer su cólera, tiñéronse sus mejillas de carmín, oprimió con mano nerviosa la parte del vestido que tenía cogida, y exclamó con acento de cólera.

—¡Antes quisiera morir!

La señorita Wade, siempre de pie junto á Tattycoram, volvió tranquilamente la cabeza y dijo á sus visitantes:

—Señores, ¿qué les resta hacer ahora?

La consternación que sobrecogió á Meagles al oír calumniar así sus intenciones y su conducta, habíale impedido hasta entonces contestar una palabra; pero al fin se recobró y repuso:

—Tattycoram... aun te llamaré así, hija mía, porque tengo la convicción de no haberte puesto este nombre con malas intenciones, como sabes muy bien...

—¡No, yo no lo sé!—exclamó Tattycoram, desgarrándose el vestido con su mano agitada.

—Es posible que en este momento no; mientras que la vista de esta señora esté fija en ti, ejerciendo una fatal influencia; ahora puede ser que no, pero más tarde sí, Tattycoram. No preguntaré yo á esa señora si cree lo que ha dicho, ni aun dominada por una cólera y rencor inexplicables, de que no podemos dudar mi amigo y yo, por más que disimule tales

sentimientos con inconcebible serenidad; ni tampoco te preguntaré á ti sí, dados los recuerdos que debes conservar de mi casa y de mi familia, te atreverías á creer lo que esta señora ha dicho. Me limitaré á declarar que no es necesario que hagas promesa alguna ni á mí ni á los míos, que no has de solicitar perdón de nadie, y que yo sólo quisiera, Tattycoram, que contaras hasta veinticinco.

La joven miró un momento á Meagles, y contestó después frunciendo las cejas:

—¡No quiero, no, no, no!—repitió con voz casi ahogada por la cólera.—¡Antes me dejaría cortar en pedazos! Permítame usted retirarme, señorita.

La dama colocó su mano sobre el cuello de Tattycoram con aire protector, y mirando fijamente á sus visitantes, dijoles sonriendo, con el mismo tono que la primera vez:

—Señores, ¿qué les resta hacer ahora?

—¡Oh Tattycoram, Tattycoram!—exclamó Meagles con ademán suplicante,—escucha la voz de esa señora, contempla su rostro, piensa en lo que hay en su corazón y reflexiona sobre el porvenir que te espera. Hija mía, por más que digas, la influencia que esa dama ejerce en tu ánimo, y que á mis ojos tiene algo de sorprendente, por no decir de terrible, se funda sólo en que ella es más intratable que tú en sus odios, y de un carácter más violento aun que el tuyo. ¿Qué será de vosotras si permanecéis juntas? ¿Qué resultará de todo ello?

—Estoy sola aquí, señores—observó la señorita Wade sin cambiar de tono ni de maneras,—y por lo tanto pueden ustedes decir impunemente lo que les plazca.

—A la cortesía debe anteponerse el interés que me inspira esta joven extraviada, señora, al verla en una posición tan crítica; mas á pesar de todo, creo no faltar á usted, sobre todo al pensar en el mal que le hace á mi propia vista. Dispénsame si le recuerdo delante de esa joven... porque me es forzoso hacerlo... que usted siempre fué para todos nosotros un misterio, y que nada teníamos de común con usted cuando esa muchacha llamó desgraciadamente su atención por primera vez. Ignoro quién pueda ser usted... pero de todos modos no puede ocultar que le anima un espíritu sombrío. Si acaso fuese usted una de esas mujeres que por un motivo cualquiera tienen el cruel placer de hacer á sus semejantes tan desgraciadas como ellas lo son, no podría menos de decir á esa joven: «Desconfía de ella,» como le diría á usted: «Desconfíe de sí misma.»

—Caballero—dijo la señorita Wade con la misma sangre fría,—cuando usted haya concluído... señor Clennam, tal vez tendrá la bondad de invitar á su amigo...

—No antes de que haya intentado el último esfuerzo—interrumpió valerosamente Meagles;—Tattycoram, hija mía, cuenta hasta veinticinco.

—No desoiga usted la súplica de su buen protector—dijo Clennam con acento conmovido;—vuelva con sus amigos, que le quieren bien; reflexione una vez más.

—¡No, no, no! ¡No quiero!—contestó la joven, con el pecho palpitante;—señorita Wade, permítame usted retirarme.

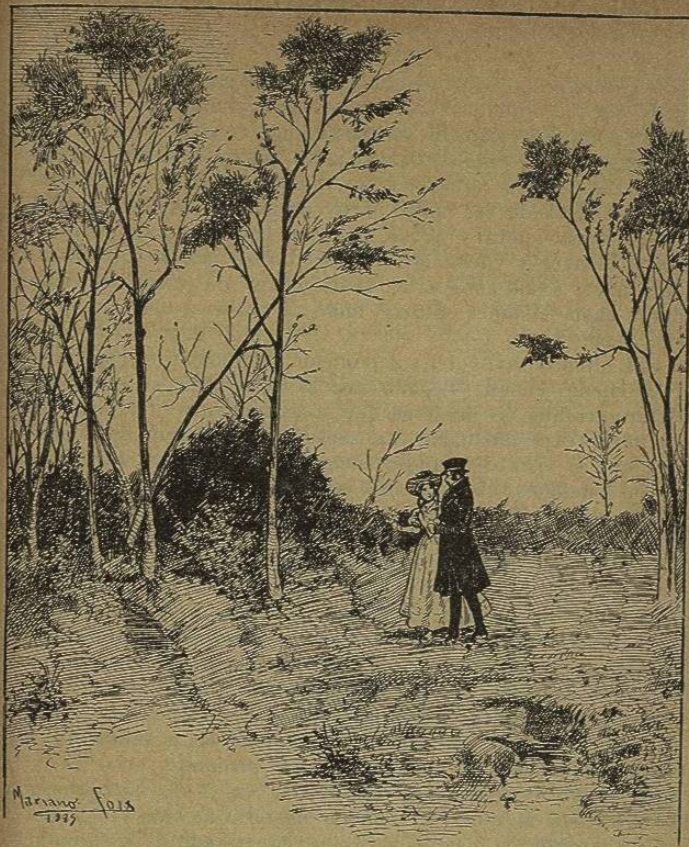
—Tattycoram—dijo Meagles,—lo único que te pidió por última vez, hija mía, es que cuentes hasta veinticinco.

Por toda contestación, la joven levantó las manos y tapóse los oídos con tan brusco ademán, que su negro y brillante cabello se desenlazó, cayendo sobre la espalda; y después volvióse resueltamente de cara á la pared. La señorita Wade, que había tenido la vista fija siempre en Tattycoram, con su extraña sonrisa, rodeó con su brazo el talle de la joven, como apoderándose de ella para siempre.

—Atendiendo á que esta es la última vez que tendré el honor de verle—dijo la dama á Meagles,—y puesto que desea usted saber, según parece, quién soy y cuál es el origen de mi influencia sobre esa muchacha, le confesaré que las dos debemos defender una misma causa; esta pobre joven, juguete de todos, ignora quiénes fueron sus padres, y lo mismo me sucede á mí; ella no tiene nombre, yo no le tengo tampoco; y de consiguiente, nuestras quejas son idénticas. Nada más he de añadir.

Meagles salió tristemente de la habitación, seguido de Clennam, á quien la señorita Wade dijo con la misma impasibilidad, pero con esa sonrisa que sólo se observa en las personas de cruel corazón y que desaparece de pronto, cuando dejan de hablar:

—Espero que la esposa de su amigo Gowan hallará la felicidad en el contraste que distingue su nacimiento del de esta joven y del mío, en la brillante posición que la espera.



CAPITULO XXVIII

Clennam y Minnie

No contento con el paso que acababa de dar, Meagles escribió á Tattycoram una larga carta llena de bondad, para inducirla á volver, rogando á su mujer y á su hija que le escribiesen también; pero las tres cartas, no contestadas, fueron devueltas al cabo de algunos días, por no haberse admitido á domicilio. Meagles rogó entonces á su amigo Clennam que solicitara una entrevista de la señorita Wade para tratar de